



EL DEMONIO

Llovía. Se oía el susurro del viento zarandeando las hojas de los árboles.

Un frío que helaba las venas se colaba por el resquicio de las ventanas. El silencio cubría la pequeña casa, el único murmullo que se podía escuchar era la antigua tele comprada en un exótico anticuario.

Sara se hallaba a oscuras, arropada con la manta de algodón que Fran le había regalado por su cumpleaños. Hacía un rato que la película se había acabado y los anuncios discurrían unos tras otros.

Sus grandes ojos verdes miraban fijamente el aparato, pero sus pensamientos vagaban muy lejos de allí.

Sus manos, sudorosas, temblaban por la preocupación de que su marido tendría que haber vuelto ya a casa.

Un relámpago más fuerte que los demás resonó e hizo temblar el lugar.

Sara dio un pequeño salto en el sofá donde estaba recostada. Se incorporó, apagó el televisor y en ese instante oyó algo que se deslizaba suavemente en el piso superior.

Tensa, se levantó y salió de la pequeña sala. Con aparente tranquilidad, subió despacio y silenciosamente las escaleras. Se dirigió al cuarto, donde su hijo pequeño de seis meses dormía desde casi hacía una hora.

Descubrió con sorpresa que la puerta estaba entreabierta. Se asomó con cuidado y, en una de las paredes de la habitación, vislumbró una sombra que desapareció rápidamente.

Entró en la habitación dando pasos inseguros y se dio cuenta de que la ventana estaba abierta a la mitad, lo justo para que un cuerpo de media estatura cupiese por ella.

Se giró hacia la cuna y descubrió con horror que donde hacía una hora había dejado a su pequeño durmiendo ahora yacía... el demonio que, con ojos relucientes inyectados en sangre, la miraba sin temor alguno.

Un grito desgarró la tranquilidad de la noche y todo se tornó oscuro.

CLARA IBÁÑEZ GONZÁLEZ. 3ºB